

GS

# El burdel infinito

Seudónimo. Hyoga

Categoría general

***Poznań (Polonia)***

***Octubre de 1939***

Lo más estremecedor de una guerra cuando se pertenece al bando de los vencidos no es el fuego, ni los cadáveres amontonados en las calles o las cunetas. Ni siquiera el fragor lejano de la batalla, que va acercándose lentamente, con el reblar de la tierra al son de las orugas de los tanques. Tampoco lo son los gritos, ni las órdenes en idiomas ininteligibles. Lo más estremecedor es el silencio; un silencio espeso y tangible, que puede cogerse a puñados y en el que cuesta moverse, como si ese mutismo fuera capaz de tejer unos hilos invisibles que te adhieren a esa nada en llamas en la que ha demudado todo cuanto conocías. Ese silencio, absorbente, sobrecogedor, únicamente roto, de vez en cuando, por un alarido, quizá un sollozo quedo o el crepitar lejano de unas llamas que engullen con calma la madera y los cimientos de un lugar que, hacía apenas unas horas, alguien denominaba como hogar. En apenas un par de meses Poznań se había sumido en uno de esos silencios. Incluso las escasas personas que seguían interpretando un papel de normalidad que la realidad desbarataba, transitaban por las calles humedecidas por la sangre y las lágrimas, de forma silenciosa, con las cabezas hundidas entre los hombros, contemplando el transitar de sus sombras sobre el adoquinado, ignorando los cuerpos arrinconados contra las paredes de los comercios clausurados, de cuyas bocas asomaban hocicos de ratas y las moscas licuaban con paciencia los globos oculares de los cadáveres, mientras contemplaban el cielo en ese gesto sorprendido de quien ve caer el telón de su vida sin llegar a saber de qué trataba la obra.

Cuando el ejército alemán se adentró en las entrañas de Poznań encontró una ciudad dormida, aterida, solitaria. Poblada principalmente por niños, mujeres y ancianos. La mayor parte de los hombres de edad media había sido destinada a combatir en la cruenta batalla de Bzura, donde la estrepitosa derrota del poco profesionalizado ejército polaco, había servido de base para la presurosa e implacable invasión germana.

Los pocos hombres que no habían sido enviados al campo de batalla o habían huido de la contienda eran ejecutados en las calles, en los patios interiores donde se les dejaba pudrir para que el mefítico aroma de su descomposición recordara a los vecinos quiénes mandaban y cuál era el destino de los disidentes. Algunos otros, quién sabe si con mayor o menor suerte que los ajusticiados, se convertían en mano de obra para la construcción de los campos de concentración que empezaron a proliferar por todo el país. Y los menos, normalmente los tullidos, enfermos o quienes ostentaban puestos que podían servir las necesidades de los alemanes, como los dueños de los restaurantes o de las emisoras de radio desde las que lanzaban su propaganda, conservaban algo parecido a la vida anterior, aunque tuvieran que someterse al pesado yugo de la invasión nazi.

Y por detrás de todos ellos, sumidas en la inmisericordia de saberse el centro de la atención de los invasores, estaban todas las mujeres, poco importaba si niñas, ancianas o en edad púber. Pues si en algo se convirtió Poznań tras la batalla de Bzura y su invasión, fue en un burdel infinito.

La triunfal y devastadora entrada del ejército alemán en la apacible localidad de Poznań, históricamente caracterizada por su afabilidad y carácter hospitalario, sacudió la moral de los ciudadanos que prefirieron esperar la llegada de los nuevos mandatarios del país, antes que evadirse con poco más de lo puesto, hacia los pequeños pueblos que salpicaban la región. Aquellas huidas no garantizaban de ninguna manera la supervivencia, como bien se demostró en los meses siguientes, cuando los destacamentos alemanes pasaban de villa en villa, dejando a su paso un reguero de muertos, mujeres mancilladas y edificios ardiendo.

Las violaciones se sucedían con impunidad. Los pocos hombres o mujeres que osaban tratar de impedir las torturas que se producían a la luz del día y en cualquier espacio, engrosaban el ingente número de cuerpos exánimes que se pudrían al sol, o eran colgados de las ventanas, desnudos y eviscerados, como escarmiento para quienes pudieran sentir la tentación de tratar de coartar la violenta lujuria de los alemanes.

Semanas después de la toma de la ciudad, poco había de alivio sexual en las continuas vejaciones que se seguían produciendo, cada vez con más frecuencia y menos impedimentos. Aquellos actos eran pura depravación. Violaciones a ancianas y niñas, a las que mutilaban con las bayonetas. Estupros forzados entre padres e hijas, o abuelos y nietos, con la certeza que, de no acometerse, finalizarían con la muerte, primero de los más pequeños, para provocar el horror entre los adultos, y después de los propios padres o abuelos.

En algunas ocasiones, como el caso ocurrido en la plaza de abastos del norte, un grupo de soldados detuvieron un camión que trasladaba a un grupo de ancianos y mujeres de mediana edad, dos de ellas embarazadas, y les obligaron a introducirse en una de las enormes cajas de madera en las que se trasladaba el ganado de despiece a los mercados. Una vez dentro les obligaron a copular entre ellos, a forzarse analmente, a masturbarse hasta el sangrado o a sodomizar los cadáveres de los dos ancianos que se habían negado a participar en tan execrable bacanal. Cuando los alemanes quedaron satisfechos con aquel abominable ejercicio de mezquindad, prendieron fuego al angosto espacio en el que habían sido confinados con ellos dentro. Hechos como aquel demostraban fehacientemente que violaciones o matanzas como aquella no eran una muestra de lo más aborrecible del ser humano; eran la constatación de que la guerra y la miel amarga de la victoria deslavaban al ejército ganador de todo aquello que pudiera ser asimilado a la humanidad.

Una de las mujeres que pudo sobrevivir a las primeras semanas fue Morelia Spiel. Una mujer con la quinta década recién desprecintada, que había visto morir a su marido entre sus brazos, cuando fue ejecutado el segundo día de invasión. Su pecado: ser un hombre fuerte y de mirada serena; ese tipo de hombres que, a pesar de haberse negado a participar en la batalla de Bzura, por creer que la violencia no podía repelerse con más violencia, los alemanes habían tomado por potencialmente peligroso. Mientras caminaba del brazo de Morelia, después de su jornada de trabajo como aladrero en el taller de Cezary Swinzky, tres soldados borrachos le apalizaron en mitad de la calle, arrancándolo de los brazos de Morelia. Le destrozaron a patadas mientras otros dos soldados, que se sumaron con entusiasmo, violaban en mitad de la calle a su mujer. Incapaces de acabar con sus manos con un hombre fuerte como él, cuando se cansaron de golpearle vaciaron dos cargadores sobre su pecho. Ultrajada, tanto por dentro como por fuera, Morelia se arrastró hacia el centro de la calzada, donde un amasijo de carne que una vez le sonrió por las noches, prometiéndole que todo iba a salir bien, exhalaba sus estertores finales.

Aún tuvo tiempo de besar sus labios mientras su último suspiro huía del interior de su esposo, dejando tras de sí un cuerpo desmadejado, como un espantapájaros vapuleado por una tormenta especialmente violenta.

Ni siquiera pudo darle la paz que merecía con un entierro y una lápida con un nombre y unas fechas. Le obligaron a arrastrarlo hasta un recodo de la calle, donde se arracimaban los cuerpos ejecutados, hasta que una vez por semana cruzaba un carro, que los trasladaba hasta una fosa común de las afueras. El único deseo que tuvo que contener aquel fatídico día, fue el de dejarse morir y unir su cuerpo exangüe junto a la tétrica pila en la que depositaron a su marido.

Los suicidios, con el paso de las semanas, se convirtieron en algo habitual. Ya ni siquiera se chillaba cuando alguna de las mujeres violadas se lanzaba desde lo alto de un edificio, alfombrando con sus entrañas el empedrado de las calzadas. Unas lo hacían por no tener que volver a soportar una nueva violación. Otras empero, lo hacían porque no se veían capaces de soportar la pérdida de sus seres queridos. No faltaba quien lo hacía por miedo a engendrar el fruto de una de esas violaciones. A muchas les habían asesinado a los hijos y no soportaban su ausencia. Y otras, las que tenían hijos de corta edad, normalmente bebés de menos de seis meses, habían tenido que ver cómo se los arrebatan de las manos, seguramente para trasladarlos a Alemania, donde serían adoptados por familias estériles, que jamás dirían a sus vástagos el origen de sus rasgos ni el verdadero apellido que debería secundar a unos nombres impostados.

Quizá ella misma hubiera tomado esa decisión si no se hubiera encontrado, aovillada en mitad de un callejón junto a los cadáveres de sus padres, a Rahel.

Era una niña de poco más de nueve años, con los ojos hundidos y oscuros, de ese tipo de ojos que presagian infortunios. Tenía el pelo pajizo, enmarañado sobre la frente, velando su mirada de gacela herida. Cuando Morelia la halló estaba desnuda, tiritando, al borde de la congelación y lo que le pareció aún más terrible, a pesar de que la escena no precisaba de mayor aderezo para resultar desoladora, con restos de su propia sangre descendiendo por sus muslos desde su vagina y su ano.

Morelia se despojó de su austero abrigo, el único que le habían permitido quedarse cuando la echaron de su piso, minutos antes de prender fuego a todo el edificio, tal y como habían hecho con todo su barrio, uno de los más humildes, y lo posó sobre los hombros de la niña. Tan menuda era que, aunque Morelia tampoco era gran cosa y aún menos desde que soportaba con nula estoicidad el hambre, las mangas del gabán

acariciaban el suelo mientras conducía a la pequeña por la calleja, alejándola de una muerte segura por congelación. Algo que, a juzgar por la mirada de la pequeña y a pesar de que tan solo le había tocado saborear la hiel de la vida, puede que deseara.

Morelia, después de perder su piso y casi todo cuanto en él tenía, salvo una foto en la que permanecía junto a su marido y Piotr, su hermano pequeño, que había muerto en la batalla de Bzura, junto a uno de los puentes de entrada a la ciudad, había encontrado un lugar en donde esconderse y llevar algo parecido a una vida. Se trataba de las aulas de uno de los colegios del barrio judío, que milagrosamente parecía haber pasado inadvertido al odio y necesidad de destrucción de los soldados alemanes. Al tiempo supo que junto al colegio, en un edificio gubernamental que los políticos polacos habían abandonado ante la inminencia de la ocupación germana, se había instalado el alto mando del ejército invasor. Unos cargos que, si bien no impedían el comportamiento en la ciudad de sus soldados, sí que pretendían que las violaciones no empañasen la imagen de los cargos de mayor renombre. Por lo que el colegio abandonado, junto al antiguo edificio donde se emplazaban los estamentos oficiales de Poznań, se había convertido en uno de los pocos lugares de la ciudad, donde las mujeres y las niñas podían sentirse moderadamente a salvo. No así los hombres y mucho menos los disidentes. En no pocas ocasiones los soldados escrutaban el colegio y sacaban de allí a los hombres que encontraban y que jamás regresaban, no ya al colegio, sino a la ciudad. Por lo que, en poco tiempo, las antiguas aulas de la escuela demudaron en improvisados barracones donde las mujeres se escondían de la miseria exterior y ahogaban su deseo de abandonarse a la muerte en la necesidad de apoyarse, las unas en las otras, en una suerte de agónica sororidad.

Morelia, después del hallazgo de Rahel, encontró el leitmotiv que le ayudaba a levantarse sin desear morir. Cada día, antes de que la salida del sol anunciara un nuevo amanecer y, siendo consciente de que la mayor parte de las atrocidades perpetradas por los alemanes se daba durante las horas nocturnas, recorría la ciudad encorvada, para tratar de disimular sus cada vez más castigados relieves femeninos. Caminaba por las calles con ojos de explorador, buscando a las niñas que vagabundeaban perdidas, incapaces de comprender qué había podido pasar para que sus vidas y la de todo cuanto conocían, hubieran dado el vuelco hacia el terror que les había tocado vivir.

A veces las encontraba así, caminando por las calles con las espaldas adheridas a las paredes, como si les avergonzase seguir con vida. En otras empero, entraba en los ruinosos edificios y las encontraba escondidas en chabolas realizadas por ellas mismas,

tumbando jergones herrumbrosos contra las paredes, que cubrían con la ropa hecha jirones que encontraban en los pisos, y que milagrosamente habían sobrevivido al fuego. Existían, cómo no, algunas niñas que sumidas en la pubertad preferían seguir escondidas por su cuenta, tratando de sobrevivir de forma individual. Morelia ni siquiera se molestaba en tratar de disuadirlas. Tenía la intuición de que más temprano que tarde todas acabarían muriendo; aquellas jóvenes que se negaban a ir con ella al colegio, ella misma, e incluso las niñas de la escuela. Todas perecerían ante la barbarie de los invasores. Se escuchaba por las calles que los alemanes estaban avanzando en la construcción de campos de concentración donde se incineraba a los prisioneros y que no tardarían en tener tantos abiertos, que toda la población polaca, especialmente la judía, acabaría alimentando los vientres de fuego de aquellos gigantescos hornos, de los que se hablaba con terror y a la vez con el alivio de saber que quizá el ser confinados en alguno de esos campos finiquitara de una vez y rápidamente, el sufrimiento y la miseria en la que se embardunaban día a día.

Aun así. Aunque las expectativas de supervivencia cada vez eran más escasas y las negativas a acompañarla por parte de muchas de las niñas que encontraba, se sucedían cada vez de forma más habitual, Morelia seguía recorriendo las calles más devastadas de Poznań a diario. Y cada vez que lo hacía se convencía de que aquellas niñas serían las que la naturaleza les había negado darles a ella y a Lukas como matrimonio, y que por ellas daría la vida si fuera necesario. A fin de cuentas, si aquella guerra le había enseñado algo, por terrible que hubiera sido la lección, era que el precio de una vida humana no estaba fijado con antelación, sino supeditado a la mezquindad o benevolencia de quien la tuviera en sus manos.

El veintidós de febrero de 1940, el día en el que el colegio abandonado dejó de ser inexpugnable, veinte niñas de entre cuatro y doce años, incluida Rahel, se encontraban a cargo de Morelia. Todas permanecían en una de las aulas interiores, la más alejada de la entrada principal. Un habitáculo ciego con una sola puerta de entrada, que el resto de ocupantes del colegio comparaba con una ratonera, pero que a aquellas niñas les dotaba de una falsa seguridad. De qué les serviría a ellas que tuviera ventanas si no podrían huir saltando por ellas, si los soldados entraban. De qué valía que estuvieran cerca de la entrada, si hacía meses que no tenían a donde huir. La brújula de la supervivencia había perdido el Norte. Por lo que, cuando llegaba la noche y Morelia las tendía sobre el suelo tras haber cenado la manida sopa de mondas de patata, el ver cómo la única puerta de entrada se cerraba con ellas dentro, con Morelia como única compañía adulta, les dotaba

de una sensación de seguridad, falsa como una moneda de madera, pero que a ellas les resultaba fundamental para conciliar el sueño. Habían pasado mucho tiempo sin lograr que sucediera.

El trajín de coches y pequeños furgones, llegando y yéndose del edificio colindante encendió las alarmas que más tarde corroboraron los rumores. Después del asedio a la ciudad y el trasvase de la mayor parte de disidentes y judíos a los campos de exterminio —hacia unas semanas que habían perdido la condición de «de confinamiento»—, los altos cargos que habían liderado la conquista de Poznań eran trasladados a esos campos. En la ciudad tan solo permanecería un pequeño grupo de intendencia y varios destacamentos, que se encargarían de asegurar que el nuevo orden siguiera imperando allí. La total ausencia de militares políticos en Poznań volvía a dejar a los ciudadanos polacos en manos de los militares de bajo rango y, principalmente, lo que más afectaba a Morelia y sus niñas, seguramente, muchos de los soldados de baja estofa, antes de marchar no dejarían que una pequeña parte de la mancebía en la que habían convertido aquella ciudad, quedase impune a su paso.

Cuando Morelia les miraba desde la azotea del edificio, los veía salivar mientras contemplaban las paredes acribilladas del edificio de la escuela pública de Poznań. Sabían qué se albergaba en aquel lugar, sagrado para los altos mandos. Veían entrar y salir a las mujeres, esconderse a las niñas entre los setos que circundaban la construcción. Era cuestión de tiempo, todos lo sabían. Los primeros en marchar serían los mandos. Los soldados rasos, acompañados de los no menos crueles cabos y sargentos, lo harían después. Un día o quizá tan solo unas horas, poco importaba, era tiempo más que suficiente para destruir el último atolón de inocencia, aunque hubiera sido interrumpida, que quedaba en Poznań tras la irrupción, violenta, cruel y miserable, del ejército nazi.

Eran las tres de la tarde cuando Morelia, acompañada de Rahel, desde una de las ventanas de la parte superior del edificio, vio partir al último de los comandantes que habían dirigido la toma de la ciudad. Puede que incluso él supiera lo que estaba por ocurrir, pues antes de pasar al asiento trasero del Volkswagen que le llevaría a su nuevo puesto de mando en el campo de exterminio de Chelmno nad Nerem, miró con cierto atisbo de tristeza al edificio del colegio. Después, antes de marcharse de la plaza, desvió la vista hacia los soldados que partirían en unas horas, después de prender fuego al edificio que habían tomado como sede, para destruir las pruebas que pudieran encontrarse en forma de documentación, en la que se detallaban las pertenencias confiscadas

en la ciudad y los nombres de los aristócratas polacos que las habían recibido como compensación por su ayuda y los cargos del ejército, que se habían quedado con el resto. Pudo ver en los ojos de sus hombres esa sed que no logra aplacar el agua y que tampoco mitigaría una orden suya. Entró en el coche y cerró la puerta unos segundos antes de que su chófer pusiera el vehículo en marcha, saliera de la plaza y comenzara a olvidar que había dejado en un colegio público destartado, unas niñas indefensas a merced de unos monstruos implacables.

—No permitiré que os toquen. No volverán a hacerlo. Os lo juro.

Morelia pronunció esas palabras mirando a los ojos de Rahel con tanta determinación que la joven supo que no había la menor duda de que así sería, de que aquella mujer que las había sacado de la calle no las dejaría ahora caer en las manos de aquellos depravados. Cuando Morelia sacó el cuchillo de filo herrumbroso del pliegue de su falda empero, los ojos de la niña se convirtieron en dos insondables humedales, al comprender que Morelia llevaría hasta las últimas consecuencias aquella promesa. Antes muertas que convertidas en las últimas víctimas del burdel infinito de Poznań.

Cuando un destacamento de seis soldados alemanes entró en los interminables pasillos del colegio, ya sabían perfectamente dónde debían buscar lo que anhelaban. Llevaban impreso en el brillo de sus ojos, ese fulgor iridiscente que arde en las pupilas de quien lleva el odio por bandera. Caminaban decididos, ignorando las aulas en las que se escondían ancianos o mujeres que hacía tiempo que dejaron de resultar apetecibles, muchas de ellas mutiladas.

Esperaban encontrar la puerta del aula final atorada desde el interior. Sin embargo, cuando el más decidido de ellos la empujó con ambas manos, las dos hojas que la velaban cedieron con suavidad y la luz caliginosa del exterior inundó la sala que durante meses había servido de protección para Morelia y sus niñas. Pero lo que encontraron en su interior no era lo que esperaban.

La única que permanecía en pie, a escasos metros de las puertas, era Morelia, con un cuchillo ensangrentado entre las manos. Todas las niñas, todas y cada una de ellas, estaban dispuestas sobre el suelo, en posturas imposibles, con sangre coagulada deslizándose sobre sus cuellos y la mirada vidriosa perdida en ninguna parte.

—Aquí no quedan niñas que violar —les espetó Morelia con aspereza y determinación—. A no ser que seáis tan enfermos que las queráis profanar incluso muertas —sumó, retando a aquellos hombres, que se habían detenido ante la puerta, como si en

lugar de una mujer débil, con la piel cerúlea y aspecto de estar a punto de desfallecer, en realidad se hubieran topado con el mismísimo diablo, que les instara a rendir cuentas por sus pecados.

Ofuscados, dos de los soldados agarraron a Morelia por debajo de las axilas y la arrastraron al exterior del edificio, mientras los otros cuatro la escupían y le anticipaban entre insultos el dolor que estaba por sufrir, por haberles negado el placer sádico que ya paladeaban cuando habían abierto la puerta del aula. Antes incluso. Puede que en el preciso momento en el que el coche del comandante había tomado la curva que le alejaba de la plaza, no hacía ni una hora.

Y, aun así, aunque sabía hacia dónde la conducían y el tormentoso fin que la esperaba, y la extrema debilidad que la abatía, Morelia sonreía. Tenía impreso en los labios el gesto de quien sabe que ha hecho algo bueno, que no ha sido cómplice con su silencio, ese horrible silencio en el que se habían sumido muchos de los vecinos de Poznań, para permitir que la mezquindad diera un paso más en una escalera de violencia y depravación que, gracias a ella, sus niñas no sufrirían.

Rahel calculó que ya debía haber transcurrido el tiempo que Morelia les había dicho que aguardaran antes de mover siquiera un músculo. Tan solo habían tenido que contener la respiración y el parpadeo los breves segundos que los alemanes habían estado en la puerta, y era un cuarto oscuro, lo suficiente como para velar los tenues movimientos de dos decenas de niñas fingiendo estar muertas.

Se levantaron una a una y salieron al exterior apiñadas entre ellas, comandadas por Rahel. Al llegar a la calle el ejército alemán había desaparecido. Sabían que muchos soldados seguirían en la ciudad y que nunca dejarían de estar en peligro, pero al menos en esa ocasión, gracias a Morelia, seguían vivas e intactas.

Cobijadas por el coro de cobardes que habían sido incapaces de socorrerlas tal y como había hecho Morelia, las niñas alcanzaron el centro de la plaza, donde el cuerpo exánime de su salvadora había sido olvidado. La habían desnudado de cintura para arriba y la habían desollado, rebanándole los pechos que dejaron abandonados a un costado. El vientre mostraba no menos de una docena de golpes de bayoneta. Y aun así no habían logrado borrarle la sonrisa. Las niñas de Morelia Spiel se estremecieron al imaginar lo frustrados que debían haberse sentido sus asesinos, al no lograr diluir de sus labios aquel gesto de satisfacción, ni en los instantes finales de su tormentosa vida.

Quizá, si la hubieran desvestido por completo, hubiesen encontrado los cortes que ella misma se había hecho en los muslos, minutos antes de su irrupción en el colegio, para

verter su propia sangre sobre el cuello de sus niñas, pergeñando una treta que, milagrosamente, había dado resultado.

No lo hicieron. El truco final de Morelia dio resultado y sus niñas sobrevivieron un día más; el primero sin ella.

Quisieron recoger el cuerpo y llevarlo al interior, pero los ancianos que habían permanecido escondidos mientras todo ocurría les disuadieron de que lo hicieran. Si volvían los soldados la echarían en falta y puede que regresaran al interior del colegio, descubriendo el engaño.

La dejaron allí un día, dos, tres... soportando la visión de los perros acercándose a ella para rumiarse sus partes blandas.

Finalmente, cuando casi había pasado una semana desde el asesinato de Morelia, un destacamento de soldados se acercó allí, guiado a un preso polaco que tiraba de una carreta. Ni siquiera se acercaron a ella. Le pidieron que la echara sobre el carro y que la abandonara en la primera fosa común que encontrara. Pero, principalmente, le ordenaron una cosa mientras volvían la cara hacia el lado contrario al que ocupaba el cuerpo en descomposición de Morelia Spiel; que le cubrieran el rostro, para velar aquella sonrisa de vencedora que había quedado impresa en los labios de esa mujer, incluso después de su muerte.